

Cuadernos del Sur

Número 7



Abril 1988

Tierra  fuego
del

LA UNIDAD DE LAS IZQUIERDAS: ¿QUE HAY ENTRE LA RESIGNACION Y EL DELIRIO?

Luis Rubio

Gorgona es un monstruo alado de garras afiladas, cuya espantosa cabeza tenía serpientes en lugar de cabellos, una lengua larga, unos dientes puntiagudos y, sobre todo, una mirada penetrante que según la leyenda convertía a los hombres en piedra. Pero, para Ovidio en las Metamorfosis, había sido una bellísima doncella. Perseo hizo que se petrificara al mirarse reflejada en un espejo y le cortó la cabeza.

I. La mirada de la Gorgona

La crisis mundial del capitalismo sigue su curso. A tal grado sus inercias se imponen con la fuerza de los hechos que todo pensamiento y toda acción resultan sobredeterminados por ella. La crisis en sus múltiples dimensiones, desde lo económico-social hasta lo político-ideológico, demarca y cierra el campo de “lo posible” para el sistema capitalista. Cuestionar los efectos catastróficos de la crisis, llegar hasta sus causas más profundas, resistirse a sus imperativos “necesarios”, pone en duda la legitimidad histórica del capitalismo. Pero ¿cuál es la otra opción? ¿un socialismo de estado burocrático? El pensamiento se detiene ante una evidencia que parece no conducir a acción alguna. Aterrado por los peligros que acechan en los callejones sin salida de un sistema que, al desarrollarse, engendra las condiciones para crisis más vastas y profundas, el pensamiento político retrocede, se repliega sobre sí mismo, voluntariamente quiere reducirse estrictamente a “lo posible” para el sistema en crisis. Entonces, “imagina” que existen “reglas del juego que deben ser aceptadas por todos so pena de ser considerados fulleros”, que existen normas universales situadas por encima de los intereses dominantes, y en consecuencia, se

trata únicamente “de la manera de jugar so pena de ser considerado un mal jugador” Es cuestión de “saber jugar”, de manejar las reglas con habilidad y astucia, pero ¿de qué juego se trata? ¿del juego capitalista? ¿de las reglas que impone la crisis capitalista?¹

Se ha advertido que aquellas cuestiones críticas a las cuales la clase dominante no puede dar una respuesta más o menos convincente, resultan, convertidas por el sistema en imposibles, en in formulables. De este modo el tema de la crisis se desplazaba hacia dos polos opuestos pero idénticos: el de lo obvio y el de lo incognoscible² ¿Para qué insistir en aquello que todo el mundo sabe? ¿Para qué denunciar las consecuencias desastrosas de la crisis capitalista si son evidentes para cualquiera? ¿Para qué intentar hallar sus causas reales si ellas pertenecen al misterio de un sistema social que se rige por leyes naturales? ¿Acaso es posible cambiar las “reglas del juego válidas para toda la humanidad” sin distinción de clases?

El pensamiento posibilista reivindica un realismo peculiar. Como para él se trata de sobrevivir lo mejor posible en medio de una tempestad inevitable, de preservar las ilusorias “gratificaciones” que la crisis todavía no ha arrollado, redescubre las trémulas satisfacciones de la vida doméstica y las verdades perdurables del sentido común. Ya que la historia es inasible, convoca a abandonar las utopías estratégicas; como todo es cuestión de tácticas puntuales se propone empezar por democratizar a los grupos primarios, por liberalizar la vida cotidiana y las buenas costumbres, por modernizar la adaptación a condiciones difíciles y estimular una creatividad que no se enfrente al enigma del Poder ni lo cuestione. Los reformistas de la moderna democracia social despliegan aquella “estetización de la política” que atribuyó Walter Benjamín a la burocracia de Estado, y decididos a empezar desde abajo y regenerar el tejido conjuntivo de la sociedad, propagandizan la sensata prudencia de las formas microsociales. Ellos encarnan una izquierda que al fin, superados los errores infantiles, alcanzó la edad de la razón. Pero ¿de qué “razón”?

A nuestros flamantes intelectuales socialdemócratas los paraliza una paradoja: una paradoja común a todas las crisis históricas. Podría formularse así: la transformación radical de la sociedad existente es más necesaria cuando parece más imposible que nunca. Cuando la crisis general hunde a las masas en la miseria y la degradación no hay movimientos de resistencia unitarios, no surge ninguna fuerza social que se profile como vanguardia, las organizaciones políticas heredadas del pasado inmediato se descomponen y el Estado se fortalece en una ofensiva constante que no pone límites a su penetración en la sociedad y en las conciencias. ¿Qué puede hacer, entonces, el pensamiento librado a sus propias fuerzas? ¿Qué sentido tiene el arma de la crítica si ella misma se convence

de que no podrá convertirse en crítica de las armas? ¿Qué le queda a una intelectualidad separada de cualquier movimiento social más que resignarse a la desventura presente y sumirse en una ilusión inofensiva? Efectivamente, el desfase entre las condiciones objetivas para una transformación y las condiciones subjetivas para un salto revolucionario, en la crisis se profundizan hasta el abismo. Nuestros teóricos de la modernización socialdemócrata vuelven la mirada horrorizados: estamos ante los ojos de la Gorgona. La fijeza con que otros hombres, en nuestro pasado cercano, clavaron la mirada en las pupilas del Poder, acabó cegándolos a ellos mismos y sobrevino el terror. Ya nadie quiere para sí un destino tan nefasto. ¡Argentina, aparta de mi ese cáliz! La consigna de la hora es, entonces, “olvidar lo imposible y acatar la única posibilidad que ofrece la crisis capitalista: sobrevivir lastimosamente” No importa que aquello que el sistema desecha por imposible pueda ser, en realidad, lo único efectivamente liberador. ¿De qué sirve saberlo si no podemos hacer nada para evitar ni para cambiar lo “realmente existente”? ¿De qué vale atormentarse por lo que es superior a nuestras fuerzas? Mejor cerrar los ojos y quedarnos inmóviles bajo la mirada atroz de la Gorgona. En definitiva, aquel viejo principio que afirmaba la necesidad de no perder “la confianza en el pueblo”, tampoco ha podido salvarse de la crisis de la teoría revolucionaria y acabó sucumbiendo en el discurso socialista post-moderno.

II. La cabeza de la Gorgona (tecnoburocracia estatal y democracia “moderna”)

Si algo caracterizó a la Argentina dentro del contexto latinoamericano, fue el desarrollo y la organicidad de su sociedad civil. Ante ella, el Estado aparecía (desde 1955 al menos) desprovisto de mediaciones, privado de consenso efectivo, y forzado a recurrir a la dictadura abierta para imponer disciplina a un movimiento social en avance. La alternancia de gobiernos constitucionales débiles y dictaduras militares desacreditadas, configuró el síndrome de un desfase entre sociedad y estado que, a partir de 1969, fue convirtiéndose en una fractura infranqueable. Pero la crisis general del capitalismo dependiente argentino, y la política de arrasamiento y exterminio del Terror de Estado, hicieron lo suyo para modificar sustancialmente la situación.

Hoy el aparato estatal se enfrenta a una sociedad desarticulada, atomizada y paralizada. Los grandes bloques sociales de la fase anterior, contruidos sobre la alianza entre avanzadas de la clase obrera y de la pequeña burguesía, se han disuelto, pero incluso las fuerzas sociales perdieron su configuración tradicional. Ahora, el Estado se reserva casi todas las

iniciativas, maneja todas las opciones; la escena política llena por entero la realidad con sus representaciones y no deja resquicio para la irrupción de un movimiento espontáneo de masas que no llega a articular una resistencia unitaria. Es la hora del Estado, y con él, de la tecnoburocracia estatal. Ella prosigue, por vías democráticas, el avance sobre la sociedad que inició la dictadura del Proceso, siguen rigiendo los intereses estratégicos de la gran burguesía financiera transnacional. Las mediaciones institucionales regulan los procesos pero ¿son eficaces para lograr los objetivos que se proponen?

La lógica política de las tecnoburocracias estatales no puede reducirse al juego de intereses de clase, aunque ellos determinen en última instancia las "reglas del juego". Es evidente que desde 1976 el aparato estatal ha ido ganando una autonomía cada vez mayor respecto de los conflictos de clase. Esto le otorga a las "formas" políticas, a las "representaciones" de escena, una importancia reforzada. Si en 1973 el movimiento de masas en ascenso podía desenmascarar los simulacros del Poder, utilizarlos en su propio favor, y dismantlar sus trampas (elecciones sin Perón en marzo de 1973, Pacto Social, política Rodrigo), hoy esa capacidad popular ha perdido su fuerza colectiva para sumergirse en el fondo de las conciencias individuales donde se transfigura en impotencia y resentimiento. Nadie *crea* realmente, pero todo el mundo vota con el designio de elegir el "mal menor". Este consenso denegatorio es la apoyatura mínima que requiere el control tecnoburocrático que, tal como lo señala Therborn, responde a múltiples centros, sustenta principios de legitimación cifrados en la eficacia y el rendimiento, y entabla con la plataforma social relaciones diferentes a la de la burocracia tradicional (¿Cómo domina la clase dominante?).

La política argentina está dominada por el doble discurso, el simulacro y la amenaza, en un toma-y-daca muy cercano al chantaje y al soborno. Y es que la burocracia política se enfrenta con dos cuestiones de muy difícil solución. Una estructural: la crisis definitiva de los modelos de crecimiento económico y configuración de clases vigentes hasta la década de los años sesenta (crisis que se condensa en la deuda externa como síntoma privilegiado). Otra político-ideológica: la resistencia que oponen las instituciones corporativas (Fuerzas Armadas e Iglesia Católica) al acuerdo tecnoburocrático. Pero la pulseada se da sobre una base común inamovible, y es la convicción compartida por todos los sectores burocráticos en pugna, de que cualquier pacto debe necesariamente incluir a las burocracias institucionales. Lo que está en discusión se refiere a las respectivas cuotas de poder y el perfil general que debe tener el Estado "modernizado" Una vez más es cuestión de formas, de grados, de balances

de fuerzas entre sectores que, en su conjunto, aspiran a administrar el aparato estatal y la intervención social en función de los intereses hegemónicos.

La ausencia histórica de una burguesía nacional con capacidad para unificar y movilizar a la sociedad bajo su hegemonía, y así dirigir el Estado, quiere ser llenada por un cuerpo homogéneo de administradores estatales, lo suficientemente estable y eficiente, como para regular a la sociedad y negociar de manera coherente con los sectores dominantes. Pero si existe un aspecto nuevo, que diferencia a la nueva tecnoburocracia en formación de las antiguas burocracias, es la función económica. Al proceso de tecnoburocratización de los aparatos, con el consiguiente incremento de su relativa autonomía y el reforzamiento de su capacidad de penetración en la sociedad civil (medios de comunicación de masas, acción psicológica sistemática), se agrega un dato aparentemente contradictorio: la reducción drástica del área económica del Estado. Pero se trata de una refuncionalización. La agresiva política de privatizaciones en curso, que comparten radicales y peronistas (DEBA), implica una nueva alianza y redistribución de poderes entre los administradores estatales y los gerenciales, y a su vez la tendencia a que el Estado se ocupe de regular la política económica global y abandone la propiedad exclusiva sobre empresas anteriormente consideradas "estratégicas". La nueva tecnoburocracia estatal sería el resultado de esta interpenetración de lo público y lo privado, que no sólo se refiere a la empresa, sino afecta también al propio territorio nacional³ y a un aparato ideológico de Estado tan fundamental como el educativo. Respecto a esto último, el Congreso pedagógico recién concluido, revela el peso específico de la Iglesia Católica en el ámbito de la educación y su renovado avance⁴. La vieja doctrina oligárquica de los tres pilares fundamentales del Estado (la Institución Militar la Institución Eclesiástica y la Institución Familiar) no ha perdido vigencia efectiva, y se "moderniza" al influjo de las nuevas oligarquías oligopólicas.

Pero el proyecto está lejos de haberse consumado. Falta un largo camino por recorrer, lleno de acechanzas y virajes. La Institución Militar debe superar su propia descomposición interna. Hoy la corta longitudinalmente una línea de fractura que separa y opone a los cuadros medios de la oficialidad y los Altos Mandos. Mientras el grupo emergente (Rico) reivindica para sí la guerra de Las Malvinas en un discurso ambiguamente anticolonialista, y levanta las reivindicaciones económicas y sociales de la corporación militar, los Altos Mandos se enredan en un doble juego que, por un lado, necesita restaurar la verticalidad de la "cadena natural de mandos", pero por otro, aprovecha las provocaciones internas

para presionar sobre el gobierno (y las burocracias políticas en general), reclamando un papel decisivo en la negociación estratégica. La reivindicación de la "guerra sucia" por parte de los Altos Mandos busca el reconocimiento de que el Estado y su seguridad, dependen en última instancia de las Fuerzas Armadas, y eso las legitima. ¿No es así, realmente?

El gobierno sigue con su línea: que los conflictos entre los militares se procesen y resuelvan en el interior de la Institución armada. Pero, si esta política fracasó en cuanto al juzgamiento de los responsables del Terror de Estado, no parece tener la fuerza suficiente como para evitar que la querella militar desborde sobre la sociedad y envuelva al Estado en su conjunto. De hecho, Alfonsín cedió toda la iniciativa a Caridi, en la crisis de enero, quizás convencido de que luego del "felices Pascuas" no está en condiciones de convocar a la movilización popular en defensa del gobierno amenazado por el gran simulacro montado por los militares en Monte Caseros. ¿O es que el gobierno temió el repudio más que la indiferencia, después de las desastrosas elecciones de 1987?

De todos modos, y cualquiera sea el grado de su debilidad y desprestigio, Alfonsín cuenta con dos factores a su favor. Uno, la incapacidad de los militares para recuperar la iniciativa política y superar su aislamiento actual (más allá de que nadie, en la escena política, duda de que su participación en el pacto interburocrático es imprescindible para darle estabilidad). Otro, el temor de los EEUU a unos militares que emprendieron la aventura de Las Malvinas, y podrían encender focos de conflicto en el Cono Sur si se dejan fascinar por utopías fundacionales. El gobierno no tiene mejor aliado que los EEUU, lo que explica las presiones norteamericanas para conseguir el apoyo argentino a su moción sobre los derechos humanos en Cuba, y la abstención norteamericana en la censura a Gran Bretaña por las maniobras en Las Malvinas.

Las recientes declaraciones del Brigadier Crespo (LA NACION, marzo 6 de 1988), son ejemplares. Por su boca se expresa el sector militar sobre el que se recuesta el gobierno, y a su vez, el más moderno y tecnificado de la Institución. Las declaraciones de Crespo se dirigen a dos interlocutores: los cuadros de la propia Aeronáutica (y de las Fuerzas Armadas en general), y los sectores empresariales con intereses en la industria de armamentos. Respecto de los primeros, reafirma enfáticamente el orden jerárquico-autoritario de la Institución (aclarando que sus pilares son los mismos que aquellos que sostienen a la Iglesia: disciplina, lealtad, jerarquía y obediencia). Y en cuanto a los segundos, aclara los objetivos de eficiencia y rendimiento que rigen la producción de armamentos a cargo de la Aeronáutica (pese a la drástica reducción de su presupuesto), y los acuerdos con empresas transnacionales. Quizás sea éste el modelo

institucional que el proyecto de restructuración del Estado, en curso, propone al conjunto de las Fuerzas Armadas. He aquí una típica estructura tecnoburocrática que apoya incondicionalmente al régimen democrático constitucional, en un momento difícil, cuando el gobierno de Margaret Thatcher monta en Las Malvinas una provocación.

El otro interlocutor en la mesa negociadora es la burocracia sindical. Más allá de que mantiene cierta precaria homogeneidad interna, alrededor de la figura de Ubaldini, este sector no puede aspirar en el presente más que a un puesto secundario y subordinado a la burocracia política del Partido Justicialista y del Estado. Esto es, exactamente, lo que está en discusión. Los paros nacionales del año pasado se dirigieron a mejorar la posición negociadora de la dirigencia sindical, y apuntaron a dos blancos: el predominio cafierista dentro del aparato partidario, y el predominio de la burocracia partidaria en la negociación estatal. Pero, contrariamente a lo que ocurría en la última fase del gobierno peronista anterior, la burocracia sindical ha perdido fuerza objetiva, no está dispuesta ni en condiciones de movilizar a las bases obreras, y ha dejado de ser un factor de poder aunque amenace con una reducida capacidad de presión. El Programa de los 26 puntos cayó en el olvido.

III. El cuerpo de la Gorgona (gobierno y partidos)

El gran simulacro militar de Enero consuma un proceso de desgaste del gobierno que empezó en Semana Santa, el año pasado. De hecho cancela cualquier posibilidad de montar, sobre la figura de Alfonsín, alguna especie de democracia plesbiscitaria. La estrella del presidente ha empaldecido. Algo análogo a la compulsión popular por los acuerdos del Beagle es ahora impensable. Gestos históricos como el traslado de la Capital pasaron al desván de los recuerdos: allí están arrumbados al lado de otras "ilusiones perdidas" del alfonsinismo ingenuo de la primera hora (la moratoria de la deuda externa y una política económica de desarrollo, el castigo a todos los responsables de los crímenes de la dictadura terrorista, la auténtica democratización de las fuerzas armadas y tantas más. .). Tampoco la reforma constitucional resulta fácil de lograr. Un régimen de gabinete semiparlamentario, funcional en algunos estados capitalistas centrales donde el Parlamento es el ámbito donde diferentes sectores de la clase dominante y sus aliados negocian los acuerdos, en un país capitalista dependiente como el nuestro puede convertirse en un obstáculo burocrático a la dirección del Estado por parte de la gran burguesía hegemónica. En nuestro Congreso no debaten los representantes orgánicos de las clases nacionales, sino diferentes camarillas burocráticas que se dis-

putan la representación de la dueña exclusiva del Poder: la oligarquía financiera transnacional. Los intereses dominantes se negocian fuera del aparato jurídico-político del Estado capitalista dependiente, y sus acuerdos se imponen por otras vías que no son las legislativas precisamente. ¿Quiénes pueden estar interesadas en “la figura del Primer Ministro”, en crear una mediación más, sino las propias burocracias políticas? Hasta la Institución Militar y su aliada estratégica en la sociedad civil: la Iglesia Católica, no pueden mirar sino de reojo una reforma constitucional que las haría compartir sus privilegios político-ideológicos con las burocracias partidarias y administrativas. Y posiblemente ese proyecto no forma parte de las prioridades de la gran burguesía que, hasta ahora, ha preferido tratar con agentes políticos dóciles que vérselas con una tecnoburocracia de Estado seguramente más coherente, pero con la fuerza suficiente como para disputar una tajada mayor de los beneficios.

Más realista luego de los golpes recibidos, el gobierno alfonsinista sustituye los delirios fundacionales y la quimera del “Tercer Movimiento Histórico”, por el más mezquino bipartidismo. Se hace cargo de una situación nueva, que los resultados electorales perfilan muy bien: la formación de un “centro” mayoritario que comparten radicales y peronistas. Entre uno y otro partido no fluctúan más que un millón de votos, y ese magro caudal decide la victoria y la derrota más por intereses inmediatos que por motivaciones ideológicas. Si este oportunismo de los electores es una tendencia espontánea, los partidos políticos se encargan de reforzarla. Cada candidato, en su respectiva campaña electoral, se encargó de vaciar su discurso de cualquier propuesta concreta. Quedaron únicamente las máscaras vacías, los cascarones de algo que fue, los envases que cada uno llenaría con sus necesidades. E inmediatamente después de los comicios se lanzó la preparación de la campaña para 1989, como si en los próximos dos años la crisis se detuviera milagrosamente.

El afiche que celebró el triunfo de Antonio Cafiero en la Provincia de Buenos Aires lo dice todo acerca de esta evasión del presente: “Con el peronismo unido, el 89 es pan comido”, se leía junto a un trozo mordido de pan dulce. Se diría que ni radicales ni peronistas tienen nada concreto que ofrecer a las masas populares, que no hay respuestas a sus requerimientos como no sea el pan dulce de la tradición peronista convertido en efigie incomedible. Queda entonces la política-ficción, y alienarse a pujas internas que, tanto entre radicales como entre peronistas, se presentan sumamente complicadas. Si el gobierno tiene que háberselas con un Partido Radical que reivindica su autonomía para no verse perjudicado por la política económica de Sourruille, Cafiero se ve forzado a regatear con múltiples centros de poder interno (Gobernado-

res, Senadores, Diputados, dirigentes sindicales, tendencias del aparato), y debe disputar la futura candidatura con una fórmula como la de Menem-Duhalde, capaz de conjurar viejos fantasmas nacionalistas y populistas caros a la derecha.

Pero, de algún modo, radicales y peronistas están subidos al mismo barco. Juntos deben hacerse cargo de los requerimientos de las masas populares, responsabilizarse de la desesperanza generalizada, y poner algún límite a las ambiciones de las Instituciones corporativas, la militar y la eclesiástica. Semejante comunidad en el infortunio puede llegar a garantizar la unidad de radicales y peronistas renovadores en el proyecto tecnoburocrático de fondo. Más allá de resultado electoral desfavorable para el gobierno de Alfonsín, es posible que el proyecto modernizador de Parque Norte haya dado un paso adelante en vez de retroceder. En el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, el peronismo renovador deberá pagar el costo de la administración de la crisis, ¿cómo hará Cafiero para no verse comprometido por ello? Siempre dentro de la lógica de descarte que rige la política argentina, es posible que el desgaste que la función de gobierno produzca en la imagen de Cafiero, acabe beneficiando al radicalismo que se adelanta a ofrecer una fórmula de centro derecha manifiesta. Cualquiera sea el reparto de los roles en esta comedia electoral, lo cierto es que el acuerdo interburocrático, al menos entre radicales y peronistas, sigue adelante. Pero una cuestión, la fundamental, sigue sin respuesta: ¿Será capaz, esta salida burocrática, de resolver la crisis de hegemonía por la que atraviesa nuestro país desde hace muchos años? Y algo más: ¿Es posible resolver una crisis de estas características sin superar las causas estructurales, económicas y sociales, que la determinan?

Si bien es cierto que la crisis de hegemonía se presenta como una crisis política, de dirección, no es menos cierto que en su conjunto se trata de una crisis *orgánica*. El proyecto tecnoburocrático propone una “salida” estrictamente política a la crisis estructural, y por eso, cualquiera sea la coherencia interna de sus “modelos de país”, cede la configuración del país real, en los hechos, a las tendencias inerciales de la crisis capitalista regulada en lo posible por los intereses decisivos del gran capital financiero transnacional. En definitiva, la Argentina del futuro será la resultante de fuerzas que las burocracias dependientes no pueden controlar. En medio de los rituales burocráticos, de las ceremonias militares, de las ordalías organizadas por los medios de comunicación de masas, ¿dónde están las contradicciones reales, esas que mueven los procesos desde abajo?

IV. ¿Y el espejo de Perseo? (las izquierdas).

A los flancos del centro electoral mayoritario se ubican una derecha que crece y una izquierda estancada. En su interior, únicamente el MAS (y en menor medida el PO) muestra un incremento importante de votos. El FRAL conserva el caudal electoral tradicional del Partido Comunista y el PI da muestras evidentes de desintegración. Este panorama hace pensar en un desplazamiento generalizado del electorado hacia la derecha del espectro político, movimiento que podría ser un síntoma del estado de conciencia de las masas. Pero, a su vez, la persistencia de una franja de izquierda está señalando la existencia de un espacio político propio que las distintas opciones orgánicas no llegan a abarcar y que unificadas podrían ampliar.

Ese es el móvil fundamental de la convocatoria del PC a formar un amplio frente electoral de izquierdas. Su propuesta se basa en reivindicaciones comunes dentro del marco de un proyecto de liberación, pero no llega a definirlos⁵. Quizás para facilitar la más amplia integración posible, la iniciativa es todavía demasiado genérica y está lejos de sustentar un plan político efectivo. Se espera que esas precisiones surjan del necesario debate, para lo cual es más imprescindible que nunca la formación de un ámbito de izquierdas. Promoverlo es la virtud fundamental de la convocatoria del PC, aparte de la propuesta de un frente electoral con un definido perfil de izquierda recoge y expresa una necesidad sentida por la franja. Pero ¿de qué manera darle forma política a esta unidad, en principio sumamente heterogénea? ¿Cuáles son las condiciones políticas e ideológicas dentro de las cuales se realiza la confluencia? ¿Qué tendencias concurrirán a ella? Y finalmente: ¿Cuál es la herramienta decisiva para lograr una unificación militante, verdaderamente orgánica, que no se agote en la mesa de discusión ni en la formulación de programas sin implementación práctica?

Las condiciones objetivas y subjetivas en que la unidad de las izquierdas se plantea, en el presente, están determinadas por la crisis teórico-política del marxismo. Se trata de un debate abierto en la década de los años 60, que la Revolución Cubana planteó en la práctica y la Revolución Cultural china llevó al paroxismo sin saldar. La teoría revolucionaria sigue atrasada respecto, tanto de los procesos de reforma emprendidos por los estados socialistas, como de los movimientos de liberación nacional y social que se producen en la periferia. A lo largo de los últimos treinta años se han ido sucediendo procesos revolucionarios de nuevo tipo, sobre todo en América Latina pero no sólo en ella, que no han sido integrados a una visión global de la revolución ni pueden comprenderse

plenamente con las categorías de análisis tradicionales del materialismo histórico. La ausencia de ámbitos internacionales de intercambio y debate significa un obstáculo para lograr que la teoría se desarrolle al ritmo de la práctica de los pueblos. En el presente esta práctica desborda, por todos lados, los marcos teóricos que incluso sirve a sus propios protagonistas para interpretar su acción. Una cuestión tan fundamental como las nuevas configuraciones del proletariado en los países centrales (capitalistas y socialistas), las articulaciones inéditas entre las clases dentro del movimiento de masas y respecto del Estado concentrado y ampliado, es el eje de una constelación de temas de importancia política actual (la relación entre proceso revolucionario y construcción del socialismo, el vínculo entre vanguardias y masas en el seno de organizaciones de nuevo tipo, la articulación entre hegemonía revolucionaria y democracia). Sin avanzar en la formulación y el análisis permanente de estos problemas eminentemente prácticos, se corre el riesgo de reducir la riqueza de procesos tan complejos como el de la Revolución Centroamericana a esquemas abstratos, y trasladarlos mecánicamente a realidades diferentes. Esto último puede servir a la propaganda pero en la práctica lleva a resultados nefastos. Identificamos perfectamente a la vanguardia latinoamericana, pero estamos lejos del juego de fuerzas que impulsan esos movimientos y los conflictos que deben resolver.

En cuanto a los referentes orgánicos de la izquierda argentina, es preciso reconocer que su inserción en el movimiento obrero y en el campo popular es sumamente débil. Su base de apoyo fundamental sigue estando en la pequeña burguesía, con prolongaciones crecientes en sectores marginales. No contamos con un panorama histórico de la izquierda argentina, tanto en términos de organización como de campo más amplio, pero sin duda los vínculos entre el movimiento socialista y las masas han sido fluctuantes, con avances y retrocesos según las fases de la lucha de clases. Desde mediados de los años 60 surgió una "nueva izquierda" junto a las corrientes tradicionales de la izquierda argentina (socialistas, comunistas, trotskistas). Esa nueva izquierda abarcó una franja que iba desde el peronismo al marxismo, se definió por el socialismo revolucionario bajo diversas formas políticas, trató de asimilar los aportes de la Revolución Cubana y de la Revolución China, y fue la más dinámica en la fase de ascenso de masas (entre 1969 y 1975). El balance político de esa experiencia vivida por organizaciones y también por avanzadas sociales, está aún por hacerse (al menos desde una perspectiva revolucionaria). ¿No es fundamental para avanzar, incorporar ese pedazo de nuestra historia al debate actual? ¿El análisis crítico de aquella experiencia no permitirá superar los errores y asimilar los aciertos que siguen vigentes? Fue una experiencia vi-

vida por sectores de masas importantes y una derrota que ellos compartieron y sigue pesando sobre el movimiento social.⁶

Hoy aquella nueva izquierda del 69 no existe, como tal, orgánicamente. Su lugar es cubierto por partidos que provienen de las tendencias tradicionales de la izquierda, quizás con la única excepción del PI que, inicialmente, pareció reasumir genéricamente los objetivos antimperialistas y socialistas de los movimientos del 69, pero que ya ha abandonado totalmente esa perspectiva para incorporarse de lleno al proyecto tecnoburocrático. Hoy la iniciativa, el poder de convocatoria, pertenece en lo fundamental a formaciones políticas provenientes de tendencias históricas dentro del marxismo, pero que no ocuparon un puesto de vanguardia en el proceso de alza de masas último. A ellos corresponde la formación de un ámbito de discusión y de militancia, lo suficientemente amplio como para abarcar las experiencias revolucionarias de nuestro pasado próximo y del presente latinoamericano, superando la tendencia a descartar la consideración de cuestiones comúnmente fetichizadas con el mote de ultraizquierdismo, infantilismo, militarismo, etc. Aquella izquierda elegida para el exterminio se planteó la transformación revolucionaria como una cuestión *práctica*, actual, y avanzó en el análisis de la crisis del sistema; llegó a insertarse en las avanzadas obreras y populares movilizadas; participó e impulsó experiencias de organización y de lucha nuevas (SITRAC-SITRAM, sindicalismo combativo, coordinadoras, Villa Constitución), y empezó a superar en los hechos la falsa dicotomía entre peronismo y antiperonismo que, por largos años, aisló a la izquierda del movimiento obrero y popular. Aquella *franja* fue el emergente de una necesidad de las bases de la sociedad, y no sólo el producto más o menos delirante del voluntarismo pequeñoburgués. La memoria de aquellas experiencias concurre a la unidad de las izquierdas junto con los referentes orgánicos del presente.

Muchos de estos temas cruciales se plantean en el debate interno de la fuerza orgánica decisiva en la izquierda: el Partido Comunista. Las Resoluciones de su XVI Congreso recogen propuestas y objetivos de la izquierda revolucionaria del 69: el carácter socialista de la revolución, la formación de un amplio frente de masas para la liberación social y nacional, el papel de vanguardia que en ese frente corresponde a la clase obrera, la crisis capitalista y su doble salida (revolución o restauración), la necesidad de construir una vanguardia política orgánica con múltiples centros, el ejercicio de la crítica y de la autocrítica... Aunque estas cuestiones todavía aparecen formuladas de manera general, sin determinaciones ni mediaciones concretas, su reconocimiento supone un paso adelante importante. Pero sólo su profundización crítica, y sobre todo, el desarrollo

de una autocrítica de la concepción tradicional del Partido Comunista Argentino que necesita llegar hasta el fondo, y eso a un costo interno seguramente elevadísimo, podrá permitir que los principios se conviertan en política concreta⁷ El Partido Comunista enfrenta una disyuntiva de bronce: o se reduce definitivamente a un aparato burocrático engendrador de frentes electorales meramente coyunturales y sin proyección política revolucionaria, o se constituye en un destacamento de vanguardia activa con una línea política de dimensión estratégica. Ya no queda espacio para proseguir una política entre populista y reformista sin referente real en la sociedad argentina.

Pensamos que el proceso de debate interno del PC tendrá efectos decisivos sobre la unidad de izquierdas convocada. El único medio para que esa unidad no se convierta en una mesa de acuerdo entre figuras prestigiosas, pero sin organización ni militancia, carentes de una proyección concreta en el movimiento de masas, es que los partidos de izquierda participantes se pongan a la vanguardia del proceso. Ellos, y sobre todo el PC que ha tenido la iniciativa, cargan con la responsabilidad de formar ámbitos de discusión y de práctica comunes. Si el frente inicialmente electoral no forma parte de una política mucho más amplia, de capitalización y construcción de un frente estratégico de liberación, acabará reduciéndose a una sigla más y pasará sin dejar rastros. Pero una unidad meramente coyuntural tampoco está en condiciones de ofrecer una alternativa satisfactoria al electorado de izquierda potencial, que hoy espera propuestas definidas y perspectivas claras. Un rejunte de personalidades reconocidas individualmente, con un programa que refrite las reivindicaciones espontáneas sin incluirlas dentro de un análisis profundo de la crisis nacional y sus derivaciones inevitables y posibles, no responderá a las expectativas del campo popular y, en consecuencia, será incapaz de disputarle al centro aquellos sectores con posiciones de izquierda. La eficacia electoral es inseparable de la eficiencia estratégica; separarlas, y aún oponerlas, obtiene el resultado del oportunismo dentro de la izquierda revolucionaria: llevar a lo contrario que aquello que se quiere lograr.

V. El delirio y su antídoto.

Pero el eje fundamental del debate de las izquierdas pasa por la situación real del movimiento obrero y de las masas populares. Eso no puede ser olvidado o descartado en función de un alza inminente que posiblemente no llegue. Un análisis profundo de las condiciones de vida de las masas, de sus actuales necesidades y expectativas, hará posible definir un qué hacer en común. Allí mismo, en el seno del campo popular, tenemos

que dar un combate cuerpo a cuerpo contra los efectos desquiciantes de la crisis y del terror sistemático. La degradación económica acarrea un descenso generalizado de los niveles de conciencia y de organización; la desocupación, la miseria, la explotación redoblada impulsan una competencia salvaje entre los trabajadores fuera y dentro de las fábricas, siempre la desconfianza entre ellos y precipita la dispersión. El grito de *¡Sálvese quien pueda!* recorre la sociedad argentina de arriba a abajo, ningún sector por sumergido que se encuentre, se salva de su influjo. Tampoco hay que minimizar la importancia de los cambios operados en la organización capitalista del trabajo. La selección de una futura elite de operarios de alta capacitación, con remuneraciones muy superiores al promedio de la clase, colabora con la fractura horizontal del movimiento obrero entre una capa de privilegiados sumamente reducida, y una masa atomizada y sumergida de mano de obra sin calificación. La polarización social que el modelo modernizador tiende a acentuar, también se produce en el interior de las clases trabajadoras.

Todo esto ha sido aprovechado y profundizado por el Terror, que dejó marcas indelebles en la conciencia colectiva. La importancia ante la falta de organización y de alternativas, la clausura del horizonte histórico para clases enteras, el legítimo resentimiento de millones de hombres condenados por la crisis y la reconfiguración a desaparecer de la historia, esa nociva mezcla de odio y de temor que la situación difunde por todas partes, han sido tradicionalmente el caldo de cultivo de las aventuras de la derecha. Su crecimiento ante el fracaso del proyecto burocrático, es un peligro que no debe descartarse y contra el cual conviene estar preparado. El gran impulsor de los procesos de fascistización de masas siempre ha sido la guerra, y ella está a la orden del día en nuestro país. La guerra fue la plataforma del Terror de Estado: la dictadura del Proceso no sólo implantó la guerra en el interior de las fronteras nacionales, sino que la llevó al exterior en un intento por desembarazarse de las contradicciones que no podía resolver. Desde entonces la Argentina cambió profundamente, dejó de ser el país de la paz perpetua que era para los inmigrantes europeos y que la oligarquía propagandizaba, para situarse en uno de los focos internacionales de conflicto. Ahora atraviesan al país las coordenadas de múltiples contradicciones, como lo revela el problema de Las Malvinas. El Terror de Estado responde a la lógica de la guerra, y la guerra legitima profesionalmente a los militares para hacer política.

Todo esto debe hacernos reflexionar acerca de los peligros de dejarse arrastrar a un acuartelamiento de masas, tras el espejismo del nacionalismo conservador y clerical. En nombre de una reivindicación territorial, por legítima jurídicamente que ella sea, puede hacérsele el juego al deli-

rio de un Rico y colaborar con los que pretenden desviar la atención de la crisis nacional. No hay que olvidar que únicamente el pueblo está verdaderamente interesado en la liberación nacional, que ésta es inseparable del socialismo, y en definitiva, que sólo luchando por su propia liberación será capaz de enfrentar al dominio imperialista en otras regiones y otros pueblos.

NOTAS

¹ Bobbio, Norberto, *¿Teoría del estado o teoría del partido?*. En: *Discutir el Estado*, Folios Ediciones, México, 1982, pp. 82.

² Vernier, France, *¿Es posible una ciencia de la literatura?*. Akal Editor, Madrid, 1975, pp. 30.

³ Por ejemplo, las áreas de explotación y de exploración cedidas por YPF. Cfr. Julián Lemoine, *Argentina: la hora del saqueo*. En *Fin de Siglo*, Marzo 1988.

⁴ El reconocimiento de la "trascendencia", que unificó posiciones en Embalse (Córdoba 1988), y la indefinición acerca del papel del Estado en la educación, son índices de un conflicto no resuelto entre los aparatos y la institución eclesiástica, conflicto en el cual ésta última demuestra haber recuperado gran parte del terreno perdido en el período anterior al terror de Estado.

⁵ *¿Qué pasa?*, 25 de febrero de 1988.

⁶ En ese período, vivido tan intensamente por las masas populares como por sus avanzadas de entonces, hay un pedazo de la historia de las clases subalternas que la memoria oficial desvirtúa y olvida. Allí permanece algo del sentido de una historia necesariamente "disgregada y discontinua" por la intervención de la ideología dominante. "La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. Es indudable que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación aunque sólo sea en planes provisorios, pero esa tendencia es interrumpida continuamente por la iniciativa de los grupos dominantes, y por lo tanto sólo puede ser demostrada para ciclos históricos completos, si concluyen con un triunfo. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, aún cuando se rebelan y sublevar: sólo la victoria "permanente" quiebra, y no inmediatamente, la subordinación. En realidad, aún cuando parecen triunfar, los grupos subalternos sólo están en estado de defensa alarmada (esta verdad se puede demostrar con la historia de la Revolución Francesa hasta 1830 por lo menos). Cualquier vestigio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos debería por lo tanto ser inestimable para el historiador integral; de ahí se deduce que una historia de este tipo no puede ser tratada más que por monografías y que cada monografía exige un gran cúmulo de materiales a menudo difíciles de recoger" (Antonio Gramsci, *Apuntes sobre la historia de las clases subalternas*. En: *El Risorgimento*. Juan Pablo Editor, México, 1980, pp. 249/251). Encontrar la razón de esa discontinuidad, revelar lo que sigue presente en esa ausencia, ¿no es una tarea fundamental para la izquierda?

⁷ Ideología y Política. Noviembre/Diciembre de 1987.

